

NO LO DIGAS...

Uno de las subtramas más interesantes de 1984 de George Orwell sigue los esfuerzos del partido en el poder para crear un diccionario definitivo de la lengua inglesa que corresponda con la ortodoxia del régimen. Cabe preguntarse por qué es tan importante la elaboración de un diccionario para un régimen íntegramente dictatorial y por qué es tan importante para Orwell, que llega a dedicarle un apéndice en el libro.

Orwell sostiene que el control del lenguaje es crítico para el control de los pensamientos. No en vano tenemos un diálogo interior que se expresa con palabras. De hecho, el esfuerzo de los académicos del régimen totalitario descrito en el libro es eliminar palabras y reducir acepciones para dejar un lenguaje de utilidad puramente transaccional, que impida que las voces dentro de nuestras cabezas puedan expresar ninguna forma de disensión.

Desafortunadamente, no es sólo en la distopía Orwelliana donde se busca la eliminación de vocablos, y es doblemente desafortunado que no sea sólo el estado el que se encarga de ese sucio trabajo. Ahora mismo, la palabra “libre” está siendo objeto de un ataque concertado y premeditado para su descrédito y eliminación del contexto de la industria del software. Se pretende cambiar por el de “abierto”, mucho más manipulable, algo que permite que, de manera similar al término “neutralidad”, pueda ser retorcido para que signifique todo o nada y, a menudo, ambas cosas a la vez.

Nunca oirás ninguna de las grandes corporaciones de software (o hardware) hablar de nada que no sea “código abierto”, ni siquiera a las consideradas como las más amigables con la tecnología. Ni Intel, ni IBM, ni Oracle, ni Google se atreven a usar “Software Libre” en sus notas de prensa o descripciones de productos. Es una medida preventiva: “libre” es un término demasiado poco ambiguo.

Abierto, por otro lado, es otro cantar.

Hace unas semanas asistí a una conferencia de un representante de Microsoft

que pretendía vender la moto de lo “abierto” de la empresa sin que ninguna de las políticas que mencionó contemplara el mostrar ni una línea de código de sus productos. Unos días después un profesor de universidad me confesaba que no se atrevía a utilizar el término “Software Libre” en una encuesta porque no era “políticamente correcto”.

Si éste es el caso, lo mojigata ñoñería de lo PC debe ser descartada definitivamente de una vez por todas. Asociar la liberación de código con algo ofensivo es totalmente injustificable y demostraría que a los censores modernos les mueven las mismas motivaciones que a los antiguos: el control y los intereses.

Curiosamente, la disputa sobre el uso de la palabra “libre” no trasciende fuera del ámbito TI. Es más, no trasciende fuera del ámbito TI que tenga que ver con el software libre. Es cierto que el término “código abierto” fue acuñado en el seno de la comunidad (por razones que ahora parecen triviales si se compara con el daño que puede ocasionar), pero también es cierto que ha sido apropiado por agentes que no tienen ningún interés en que el modelo al que originariamente describe (en principio y a efectos prácticos, idéntico al del Software Libre) perdure. Tal y como demuestra la campaña de Microsoft “Building Bridges” citada arriba, considerándose completa la primera fase consistente en denigrar el término “libre”, la segunda, consistente en redefinir “abierto”, ya está en marcha.

Pero, insisto, es dentro de la comunidad y, sobre todo en la industria del Software Libre, donde el debate “libre” versus “abierto” más se disputa. A la mayoría de las empresas a las cuales la tecnología podría servir les da igual un término u otro, en la mayoría de los casos ni siquiera saben la diferencia entre free software y freeware, y en ese contexto la palabra libre es de todo menos “sucía”.

No puede ser de otra manera. El empresario que alegue que “no le importa la libertad”, está cayendo en una falacia similar a la del empresario que declara que “una empresa sólo está para hacer dinero”. Si volvemos a

Orwell, uno de los fundamentos de la tiranía es la ausencia de libertad, y según Christopher Hitchens, una definición de tiranía es que es aquel régimen en el que las leyes o se basan en principios arbitrarios, son en sí arbitrarias, se aplican de manera arbitraria, son imposibles de cumplir, o una combinación de todo lo anterior. Aplicado al tema que nos ocupa, un principio arbitrario es, por ejemplo, que diferentes ciudadanos, por mor de su extracción social, sexo, raza o credo, tengan diferente trato ante la ley. Imagina por ejemplo que a los gitanos o mujeres, por citar a dos colectivos que han sido tradicionalmente discriminados en España, no se les permitiera regentar un negocio. Una aplicación arbitraria de la ley es que uno, por ser familiar de un alto funcionario por ejemplo, pueda optar a un licencia de obra que se deniega a los demás.

Por tanto, las tiranías, es decir los regímenes donde los ciudadanos no disfrutan de libertad, son intrínsecamente corruptos, y una buena vara para medir el grado de libertad de una sociedad es medir su corrupción: a más corrupción, más represión. La correlación entre corrupción y tiranía es fácilmente comprobable empíricamente: no tenemos más que examinar los índices de percepción de corrupción publicadas por *Transparency International*. Su lista muestra que, mientras que hay alguna democracia que suspende en el ranking, no hay ninguna dictadura que apruebe.

Hay cínicos que alegarán que las dictaduras, aunque “malas” para el individuo, son buenas para los negocios, y probablemente estén pensando en China. ¡Oh, sí, China! Puede que la falta de libertades fundamentales funcione a nivel de país (aunque no siempre: véanse Corea del Norte o Ruwanda), pero permite que dude que este régimen autocrático en el que, siguiendo la definición de Hitchens, las reglas son arbitrarias y la vasta mayoría de la población vive en un estado de semi-esclavitud, y siendo uno de los países con mayor

Continúa en página 89 ▶▶▶

NO LO DIGAS...

◀◀◀ Viene de página 4

corrupción del mundo, sea un modelo sostenible para el desarrollo económico a largo plazo. Desde luego, como siempre ocurre en estos sitios, los negocios funcionan muy bien para quienes participan en la corrupción del sistema, pero no se puede construir un mercado saludable a base de chanchullos, soborno, estafas, negociaciones a puerta cerrada, nepotismo, apadrinamiento y falsificación de estadísticas.

En esa economía no rige la industria los emprendedores más competentes, sino los que más políticos tienen comprados. Y su fuerza es la fuerza bruta, la de la explotación sistemática y deshumanizante de sus semejantes. Eso funcionará durante algún tiempo, pero es un sistema inestable abocado al fracaso.

Este es el quid de la cuestión: una economía, para ser consistentemente próspera ha de ser estable. No es casualidad que las economías con legislaciones más justas, más cimentadas en los derechos fundamentales y en el sentido común, es decir, más *libres*, suelen ser economías más estables, con una

mayor igualdad social y una mayor prosperidad en general.

Incluso si bajamos varios niveles de lo macro a lo microeconómico de las empresas individuales, es fácil ver cómo la libertad, incluso la del software, es, por lo general, inmediatamente beneficiosa para el negocio. Stallman alega que renunciar a la libertad en el código conlleva inevitablemente a la renuncia de la libertad en otros ámbitos. Es fácil ver que tiene razón: estamos habituados a oír cómo muchas de las “cajas negras” del software propietario violan sistemáticamente la privacidad de sus usuarios remitiendo datos confidenciales sobre sus actividades a terceros. El derecho a la privacidad en las comunicaciones, el derecho a mantener los datos de la empresa, ya sean los detalles de los clientes, los planes de marketing o las especificaciones de un nuevo producto, constituyen un derecho que no se puede garantizar con software propietario, pero sí con software libre. Y hay más: El derecho a elegir libremente a tu proveedor, a poseer el software que compras, la libertad de usar las aplicaciones en el

entorno de tu negocio (o doméstico, que lo mismo da) de la manera que consideres oportuna, son cosas intrínsecas al software libre, pero no al software propietario.

Y son **libertades**, no “aperturas”.

Así que la próxima vez que creas que es más apropiado hablar de “abierto” en vez de “libre” porque temes ofender a un empresario, piénsalo muy bien, que es muy fácil quedar como un tonto en esta cuestión. Decir que no hace falta libertad para un negocio, es como decir que no hace falta oxígeno. Si los empleados pueden pasar sin respirar, nada que objetar, pero permite que lo dude.

Si no te convence, considera relocar tu propia empresa a Corea del Norte y ya me dirás cómo te va. ■



Paul C. Brown
Director

FSF FREE SOFTWARE
FOUNDATION

Freedom:

the freedom to run the software as you wish.

Join the FSF as an associate member.

Your donation will support our 20-year-old commitment to community.



member.fsf.org

gplv3.fsf.org